Paolo Zellini, *La rebelión del número*, 2007, Madrid, Sexto Piso, 280 p.

RECEPCIÓN: 11 de marzo de 2008.

ACEPTACIÓN: 22 de mayo de 2008.

A finales del siglo XIX, Nietzsche cuestionó el contraste entre apariencia y cosa en sí como hecho del mundo, reinstaurándolo sólo como una hipótesis esencial para nuestra construcción y experiencia del mundo. Para esta visión la voluntad teórica, que crea causas finales, no se aparta del pensamiento común y biológico que, como centro de irradiación creadora, extrae de sí lo eterno y universal, ilusiones metafísicas que no son anteriores a su propia representación y que forman parte de una realidad que se evapora. Paolo Zellini, en su último libro *La rebelión del número*, invita a continuar esta reflexión en el marco de la discusión que en el Segundo congreso de las matemáticas en París, en 1900, postuló a la matemática como un ejercicio demiúrgico donde los números son creación de la mente humana, resultado de elecciones voluntarias no condicionadas del todo por lo natural.

Nacido en Trieste en 1949, matemático y profesor en la Universidad de Roma, autor de otras dos obras como *Gnomon* y *Breve historia del infinito*, libro éste que Calvino considera una de sus mejores lecturas, Zellini nos narra esta vez la historia contemporánea de las matemáticas, abordando el problema del número desde una peculiar postura que, mediante analogías filosóficas y literarias, analiza el descubrimiento del transfinito, de las funciones irregulares y de las geometrías no euclidianas como una intromisión de la escandalosa imprecisión del *pathos* en el ideal de la objetividad. A través de figuras de la talla de Dedekind, Cantor y Gödel, el matemático italiano estudia el desarrollo de una metafísica de la imaginación donde la matemática se concibe como un trabajo creativo que no puede adecuarse a verdades lógicas preconstituidas, sino que determina permanentemente nuevas e imprevisibles verdades cuyo progreso se erige sobre el abismo de un escepticismo virtual

RESEÑAS

en donde, a decir de Fichte, “la voluntad ha apuntalado con prepotencia una realidad de fantasmas generados por el yo” (p. 30). El Congreso de París es interpretado en este libro como un acontecimiento crítico en el que el encuentro entre matemática y filosofía, entre las tesis intuicionistas y la respuesta formalista que defendía los cimientos incontrovertibles de las matemáticas, abrió paso a un *logos* emergente que daba razón a la existencia de un *positivisme nouveau*: la defensa de la independencia del espíritu en el juego del matemático, cuya actividad, alejada de la tiranía de lo externo, entraba ahora en contacto con la vida creadora, devolviendo, en un movimiento de re-ilustración, sus derechos a lo oscuro y a la paradoja.

Mediante una escritura dinámica cuyo contenido, sin embargo, no es siempre accesible, *La rebelión del número* analiza de qué modo es a la llamada ‘crisis de los fundamentos’ que la matemática debe su desarrollo en los dos últimos siglos, adquiriendo una orientación perspectivista que se acerca desde más lados al acto de voluntad del matemático en la posición de los problemas, la definición de los conceptos y la asunción de las hipótesis, con lo cual daría lugar a nuevas arquitecturas conceptuales que fragilizan la fe platonista en un mundo real de conjuntos opuesto a nuestros imperfectos y aproximados modelos. Retomando a Hobbes, para quien las leyes científicas son el efecto de una decisión, y a Spinoza, que en su *Ética* aclara que “la ley es un orden del legislador, y el orden es una declaración de la voluntad” (p. 24), Zellini pone en terreno de discusión en qué medida los datos matemáticos son hechos o nombres, convenciones libremente establecidas en un acto demiúrgico; así, el autor cita constantemente a Nietzsche –quien sostiene en sus fragmentos póstumos que “los conceptos son algo vivo, por lo tanto también algo que crece y por momentos se esfuma” (p. 94)– y utiliza la imagen de las estatuas semovientes de Platón –“mis estatuas de palabras huyen, y allá donde las ponemos no quieren estar” (p. 57)– para hablarnos de renombrados matemáticos como Poincaré, Hilbert y Lakatos, al mismo tiempo que de Musil, Schnitzler, Hölderlin y Kleist, haciendo hincapié en la forma en que el espíritu del matemático atraviesa por el mismo drama del espíritu del novelista que crea y diseña sus personajes, los cuales terminan separándose y resistiéndose a su autor con una capacidad de irradiación que dilata su ser en los momentos más imprevisibles.

Si Bergson había ya advertido que estamos comprometidos con una realidad creadora, productora de efectos, que se rebasa a sí misma, Zellini reflexiona en su último libro sobre cómo el libre arbitrio, que permite el desarrollo de la matemática, no es solamente una capacidad positiva, sino que también

posee “un elemento de riesgo y de virtual desorden, un peligroso motivo de indeterminación” (p. 28), puesto que, como señaló Brouwer, retomando la sabiduría del Vedanta, la verdad científica es una infatuación del deseo, cuyos efectos son ilusorios y cegadores. La discusión de *La rebelión del número*, en la cual el autor nos sumerge con la viveza de su prosa, se centra pues en el análisis de una revolución del conocimiento, en la búsqueda de un cambio de hábitos mentales en favor de un nuevo modo de pensar que desdramatiza la inestabilidad de los fundamentos y revaloriza la presencia de lo accidental y arbitrario como ocasión para la novedad.

A lo largo de un brioso relato, este delicioso libro, apto para el matemático, el filósofo o el literato, propone el reconocimiento de que el mundo objetivo no es la totalidad del ser y, a partir de postular la resistencia de los conceptos a un control absolutamente consciente, asume en un movimiento paradójico la facultad demiúrgica del matemático al tiempo que la revancha final del objeto sobre su presunta libertad. Zellini aunará entonces la matemática al mito para explicar la inconsistencia de todo esfuerzo por objetivar el infinito y su enseñanza se dirigirá a aprender a vivir sin fundamentos y a superar la crisis por un cambio de perspectiva que se decide por lo inexorable, interpretando la incompletitud de la aritmética como constatación del caos y del carácter pluralista del orbe intelectual, generado por la necesidad humana de un artificio mediante el cual quizás sea posible darse cuenta del orden del cosmos más allá de un caos aparente, si bien, como escribió Kierkegard, la intelectualidad padece el mismo suplicio que Tántalo: “un pensador experimenta las penas del infierno hasta que no logra alcanzar la certeza, circunscribir lo que quería saber; pero después se encuentra siempre en un nuevo punto de partida, y aun acumulando pruebas, detalles, resultados parciales, tiene siempre la impresión de que la idea verdadera, realmente concluyente, vendrá la próxima vez” (p. 182).

MÓNICA SALCIDO MACÍAS
Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores
de Monterrey, Campus Ciudad de México